

Manuel Luis VERGEL EGUSQUIZA

TÚ ERES LA VID



Libros Canto y Cuento ♦ Jerez de la Frontera ♦ 2015

©Manuel Luis Vergel Eguisquiza
©2015 Libros Canto y Cuento
C/ Cruces, 3- 3ºD
11403 Jerez (Cádiz)
libroscantoycuento.com
ISBN: 978-84-943681-2-7
Depósito legal: C.A 111-2015

A Esmeralda, que hace el camino a mi lado

CAPÍTULO I

AL amanecer, asomado a la ventana de su cuarto, el niño Luis José Vegarada veía a Dios. A él al menos no le cabía duda de que era Dios mismo quien rasgaba el cielo para derramar el maná sobre la ciudad convertida en la nueva Jerusalem, bañada en los colores rosas y celestes que le otorgaba la primavera a la hora que llamaban de maitines. A esa hora se hacía visible la silueta altiva de la torre de San Miguel, dominando el horizonte, y que parecía clavarse en el firmamento. Y el niño soñaba que la torre era la escalera del cielo por la que descendía el espíritu de Dios para bendecir a la gente, a las casas, a las calles... Así su vista llegaba a la cúpula de la iglesia Colegial, cuya amplísima fachada barroca era para el niño la puerta de entrada al divino reino. Del otro lado quedaba su barrio, el Arroyo.

Las dos lomas donde se asentaban los barrios de San Miguel y de San Mateo dejaban al del Arroyo en una hondonada. La gran plaza, bajo las eternas escalinatas de la Colegial, era algo así como el valle de lágrimas de que hablaba la Salve, en el que la gente vivía llorando y gimiendo, gente por la que el joven Luis José sentía infinita compasión.

Desde aquel valle subía la cuesta del Espíritu Santo, en la cima de la cual se asentaba su casa, de dos plantas, sobria pero algo señorial, gracias al dintel de piedra que enmarcaba la entrada sobre la fachada. Sobre el pequeño friso arriba del dintel descansaban los dos ventanales enrejados del piso superior. El de la derecha era el de la habitación de Luis José, y era el que ofrecía la mejor visión de la ciudad, con la Colegiata enfrente, y la iglesia de San Miguel con su insolente torre al fondo.

A la izquierda de la casa, detrás de las verjas de hierro que ocultaban unas parras, se encontraban las cocheras de los Wilson. Allí guardaban los carruajes que, según había oído Luis José referir a su abuelo, se contaban por docenas. El abuelo Manuel había sido el jefe de mayordomos del palacio de los Wilson, que ocupaba el otro frente de la plaza del Arroyo, y cuya fachada renacentista miraba cara a cara a la Colegiata.

Los señores le habían adjudicado al abuelo Manuel, hacía ya muchos años, la casa contigua a las cocheras, a espaldas del palacio, ya en el alto de la cuesta que llevaba al barrio de San Mateo. Así, el abuelo Manuel, al acabar el servicio, atravesaba las cocheras, el pequeño jardín tras la verja, y llegaba a su casa sin cruzar la plaza ni subir la cuesta. Por eso prácticamente vivía dentro del palacio, y por eso mismo también, pocos vecinos le recordaban con agrado.

La peste acabó con él al acabar la guerra, cuando Luis José apenas tenía ocho años, pero lo recordaba perfectamente, siempre vestido con una levita oscura, con un alzacuellos con pajarita, y sus enormes puñetas con gemelos de oro con el escudo de la casa Wilson, que relumbraban al sol cuando fumaba en la mecedora que sacaban en verano a la terraza. Su gesto era siempre adusto, su porte hierático; y su

mirada cetrina se clavaba en el horizonte dándole una apariencia altiva y distante. Pero en verdad aquello era sólo una pose que le resguardaba de mundanas relaciones, y que escondía un talante afable que parecía reservar para su nieto, con quien gustó, mientras pudo, conversar de los profundos asuntos de que versan siempre las charlas entre viejo y niño.

Pese a que habían pasado cinco años ya desde que murió el abuelo Manuel, los señores permitían por el momento a sus hijos solteros seguir habitando la que para ellos había sido siempre su casa; junto con su sobrino, al que criaban como si fuera el hijo de todos, y que observaba absorto los amaneceres acodado en el alféizar de la ventana de su habitación.

A la derecha quedaba el convento del Espíritu Santo, que daba nombre a la cuesta. El macizo ábside de piedra de la capilla del convento le impedía a Luis José divisar los arrabales que se extendían más allá de la vieja muralla almohade que aún a trozos circundaba la ciudad. Desde aquellos suburbios de chabolas desvencijadas arribaban los obreros de la gran bodega, cuyo pórtico de entrada ocupaba la acera del otro lateral de la cuesta, justo tras el convento.

Las monjas carmelitas que lo habitaban, de rigurosa clausura, empleaban sus jornadas en hacer magdalenas y tortas de aceite que, sólo cuando era posible, iba a comprar Luis José al torno. Pero eso sólo pasaba en contados domingos. Y ayer no fue uno de esos. El lunes de primavera iba alcanzando la hora en que se dejaba oír la estruendosa sirena de la bodega Wilson, que terminaba de despertar a la ciudad.

Era el momento en que Luis José volvía de sus divinos pensamientos para girar su mirada sobre las cancelas de entrada de la bodega. Allí se apostaban los capataces, unos señores de traje negro y sombrero con un brazalete blanco distintivo que iban verificando que los obreros se encaminaban a los trenes de embotellado en el orden conveniente. Unos obreros que habían ido subiendo la cuesta mientras amanecía. Si Luis José hubiera mirado hacia abajo, los habría visto venir, ataviados con camisa blanca y pantalón de lona azul, sujetados los riñones con una fuerte faja, necesaria para arrumar las botas de vino sin sufrir daño. Muchos de ellos se tocaban con una gorrilla de tela que medio ocultaban unos rostros ya enrojecidos por el vino bebido en las ventas de Cuatro Caminos, y que en la mayoría de los casos era el único alimento posible.

Si bien abajo, de camino, quizás hubieran reído algunos chistes, al entrar al trabajo en la bodega aquellos hombres guardaban silencio, de modo que, pese a ser varios cientos, sólo se oía el roce de sus sandalias de esparto sobre los adoquines y la voz de algún capataz apremiando la entrada de forma abrupta. La misma con la que tía Victoria irrumpía en la habitación.

-Vamos, niño, aligera; que hoy tienes que pasar por casa de tu madre.

Luis José no tuvo tiempo de preguntar para qué.

-Tienes que dejar el tabaco para tu padre y recoger los cupones de la cartilla -tía Victoria traía una especie de cajita de madera que dejó sobre la cómoda antes

de seguir hablando.

-Mete esto en tu maleta. Si te gustan, te las comes y, si no, se las das a tus hermanos. Son unas peras que te manda tu tía Carmen, la de Écija.

Su tía Carmen la de Écija, no era su tía en realidad, sino su tía-abuela, hermana mayor de su abuelo Manuel. Provenían de una humilde familia de jornaleros del campo de la vega baja del Guadalquivir, que solían trabajar en los inmensos cortijos de unos poderosos hacendados sevillanos.

Al parecer, aquella tía Carmen había sido muy agraciada en su juventud, de suerte que se encaprichó de ella el joven marqués terrateniente que la desposó. Fueron a vivir a uno de los palacios que los marqueses padres poseían en Écija, y así se libró la joven de las fatigas del campo y logró una acomodada posición. Su noble esposo terció luego ante sus padres para que su joven cuñado Manuel entrase a servicio de palacio de unos amigos, los no menos ricos marqueses de Wilson.

De aquella historia habían pasado varias décadas y la tía Carmen se había convertido en una rica y anciana viuda que ocasionalmente mandaba ropa, alimentos, y otras provisiones a la modesta familia de su difunto hermano, en aquellos duros años de posguerra en que todo bien era escaso.

-¡Toma ya! Viva la tía esa...o lo que sea- exclamó el joven, dejando la ventana para ir a inspeccionar la cajita sobre la cómoda.

-¡Niño, que es mi tía! Refiérete a ella con más respeto que... si no fuera por ella estaríamos echando en falta más de cuatro cosas en esta casa- le inquirió tía Victoria, mientras estiraba las sábanas de la cama-. Además, así tienes un regalo anticipado para tu cumpleaños. ¿No te acuerdas que es el domingo?

Tía Victoria tenía razón. El domingo sería el dieciséis de mayo del año mil novecientos cuarenta y cinco, así que Luis José cumpliría ya trece años nada menos. Ilusionado, procedió a leer el letrero impreso en rojo sobre la tablilla que hacía de tapa de la caja:

Las auténticas y afamadas frutas confitadas de Écija. La Astigitana (Sevilla) 12 peras dulces.

-No te las vayas a comer ahora, ¿eh? -siguió su tía-. Déjalas para merendar que el día es muy largo, y ahora tienes que tomarte la leche y el aceite de ricino. ¡Venga, vete vistiendo! Y ponte un pantalón limpio.

Mientras iba dando instrucciones sin parar, tía Victoria arreglaba la habitación. Cogió un jarrón de porcelana blanca lleno de agua que había encima de un mueble de madera oscura. Levantó la tapa superior del mueble, que en el envés era un espejo, descubriendo así una jofaina donde vació gran parte del agua del jarrón, que luego dejó sobre el suelo. Siguió dando instrucciones.

-¡Niño, lávate, y date bien detrás de las orejas!

Abrió luego las puertecillas del mueble bajo el lavabo y extrajo del interior un cajón que, a su vez, tenía un orificio circular en su parte superior. Tal artilugio encerrado dentro del palanganero estaba destinado a que el niño hiciera sus deposiciones, que caían sobre el orinal oculto en el fondo del cajón. Tía Victoria extrajo finalmente

dicho recipiente de porcelana cuyo contenido habría de vaciar en un pozo ciego que, abierto en un patio trasero de la casa, servía para recoger las heces y los desperdicios de todos sus habitantes.

-¡Anda niño, que estás *podrío!* Venga, aligera.

-Pero, tía, ¿hoy también tengo que tomarme el ricino? -repuso el niño.

-Sí, hasta el domingo. Y no repliques, que luego te doy la *perra gorda* para tu hucha; para que el domingo te pueda yo comprar, con el dinerito que has ido juntando cada vez que te doy el ricino, un regalo sorpresa de cumpleaños.

-Bueno..., vale -tía Victoria salió del cuarto portando el orinal, y dejó al niño arreglándose para ir al colegio.

Victoria Vegarada era una mujer menuda, de pelo gris, que solía recoger en un sencillo moño. Había heredado la alargada nariz de su padre y las marcadas ojeras de su madre; aspectos que imprimían a su rostro un gesto grave y adusto. Usaba siempre vestidos negros de tela que apenas permitían ver sus también negras babuchas de suela de esparto cuando caminaba con paso silente atravesando los corredores de la casa en que vivía desde que naciera, hacía ya más de cincuenta años. La mayor de los hijos de Manuel Vegarada era solterita, según decía la expresión popular; al igual que sus hermanas y, sin duda, dueña y señora de aquella casa de solteronas que, asustadas aún por las desventuras de la reciente guerra, vivían, al modo en que ya gustara vivir a su padre, casi en reclusión. Diríase que Victoria transitaba por la vida en devoto recogimiento. Su austera figura contrastaba con las paredes encaladas.

Recorrió la galería superior con aquel recipiente de desechos hasta alcanzar el hueco de la escalera, enmarcado por un arco de piedra. Sobre el arco, una hornacina resguardaba una pequeña talla de la Inmaculada. Pasó bajo la imagen y descendió los escalones hacia el patio inundado de macetones de helechos y rosales. Los esquivó con la habilidad de quien sabía con precisión cómo tenía colocado aquel ingente repertorio de plantas y flores.

Accedió finalmente a la puerta acristalada del fondo que, tras bajar dos peldaños de ladrillo, daba acceso a un segundo patio tras la casa. Éste era muy pequeño y estaba totalmente descuidado. Quedaba encajado entre la fachada trasera de la casa y la pared de una bodega contigua; y sólo lo ocupaban algunos hierbajos y un tablón circular que ocultaba un pozo ciego. El tablón tenía practicado en el centro un agujero que era vía de paso de las moscas que continuamente entraban y salían del pozo. A él se acercó Victoria con la palangana para verter su contenido. Por unos segundos, las moscas zumbaron con más fuerza.